

PRÓLOGO

Al finalizar el pasado curso dedicado al Clasicismo y Neoclasicismo, dentro del ciclo de *Lecciones de Arquitectura Española* (Ávila, abril de 1.993), el profesor Chueca puso en mis manos un original que acababa de escribir para que le diera mi opinión sobre el mismo. Si esto representa siempre un compromiso, imagínese el lector la responsabilidad que pudo suponer para quien esto escribe el hecho de leer en primera instancia un manuscrito del último trabajo, en aquel momento, de quien ha sido y sigue siendo su maestro. No se trataba ya, por tanto, de un mero compromiso sino de una suerte de privilegio que debo agradecer por la confianza que encierra. Lo normal hubiera sido lo contrario, esto es, que el maestro enriqueciera con el aval de su prólogo la inestable producción del discípulo, pues se corre el riesgo, como es el caso, de que estas palabras iniciales pudieran mermar el interés de las primeras páginas del presente libro. Con todo, arriesgaremos el gesto movidos por el afecto y respeto hacia el autor y su obra.

Hace un año, aproximadamente, ya tuve la oportunidad de enfrentarme con una tarea igualmente ardua al escribir sobre la "Arquitectura e Historia en la obra de Fernando Chueca"¹, donde decía que "lo que de una parte se hace de buen grado y con admiración, de otra queda coartado por un insoslayable sentimiento de deuda intelectual". Con este espíritu fui recogiendo, entonces, lo más relevante de la producción historiográfica y literaria de don Fernando Chueca anterior a 1992, con la intención de

(1) Navascués, P.: "Arquitectura e historia en la obra de Fernando Chueca", en *Fernando Chueca Goitia. Un arquitecto en la cultura española*, Madrid, 1992, págs. 6

establecer un balance de su aportación a la historia de la arquitectura española. Más cuando podíamos pensar razonablemente que sus juicios, intuiciones y exégesis sobre la arquitectura habían quedado ya sobradamente condensadas en tantas páginas de estudios, ensayos y artículos de diversa índole, el profesor Chueca nos vuelve a sorprender con este texto, nuevo por su contenido y novedoso por su estructura.

El título del libro, *La arquitectura, placer del espíritu*, expresa el fin último de la obra, esto es, recordar al lector cómo la arquitectura puede/debe ser fuente de goce estético en las especiales coordenadas de nuestra circunstancia social, política y mental, exigiendo a la arquitectura y arquitectos contemporáneos algunos de los hondos resortes que hicieron de buena parte de la arquitectura pretérita, una lección permanente de lo que cabría llamar amable y sensible belleza para todos los públicos, basada en lo que emana de la obra y no en lo que se dice de ella. Esta línea argumental, expuesta con una frescura y espontaneidad envidiables, propias de quien a estas alturas de la vida nada teme y todo respeta, se desliza en unas amables conversaciones a lo largo de nueve jornadas, en las que el "maestro" conversa con tres discípulos.

El lugar elegido es un bello palacio toledano, el llamado de Munarriz aunque el texto no lo diga, desde cuyos jardines se tiene al alcance de la vista la Dives *Toletana*, la cual, con su personalidad, parece refrendar muchas de las afirmaciones hechas por el maestro sobre el carácter de la arquitectura. El hecho de que el jardín sirva de lugar de encuentro para estos diálogos, como revivida evocación de los jardines atenienses de la Academia, del Liceo o del no menos famoso de Epicuro, nos hace pensar muy de cerca en la estructura y el método de los *Diálogos socráticos* de Platón, que utilizaba la presencia de los discípulos para plantear objeciones al discurso del maestro, introducir nuevas proposiciones o refutar cuestiones varias. Este método, entre didáctico, moralista y doctrinal, ya lo había empleado el profesor Chueca en la larga introducción al monumental estudio dedicado por varios autores a la catedral de Sevilla², donde pasea la *Magna Hispalensis* con un amigo, que más adelante llama por su nombre, Luis Guzmán, de quien al final dice "que ha existido y me ha ayudado a dar pálpito a mi relato, a darle un punto de vitalidad y humanidad..." Algo análogo persigue aquí con sus tres discípulos, Antonio, Pedro y José, que hablando de arquitectura desde Toledo, donde firma y fecha el manuscrito

(2) AA.VV.: *La catedral de Sevilla*, Sevilla, 1984. Prólogo de F.Chueca., pp. 9-59.

en febrero de 1993, no puede por menos de recordar aquel otro gran diálogo de arquitectura escrito y publicado en Toledo, *Medidas del Romano* (1526), debido a Diego de Sagredo, quien a través de Tampeso, conversa con el pintor León Picardo mostrándole las novedades del lenguaje renacentista.

En estos diálogos toledanos que ahora tiene el lector en sus manos se habla, sí, de arquitectura pero también de otras muchas cosas que se relacionan con la arquitectura y, sobre todo, con el hombre que, según los casos, la sufre o disfruta. Política, religión, sociedad, arte, urbanismo, economía, literatura y todo cuanto puede vincularse directa o indirectamente con el hecho arquitectónico, aparece planteado y desarrollado con más o menos extensión, no en forma de tratado sino como fruto de una conversación. Tal es la medida que hay que aplicar a este jugoso *Ensayo de sociología estética*, como figura en el subtítulo de la obra, que se lee con extrema facilidad merced a aquella palabra ceñida y ponderada que fluye con naturalidad tanto en el gran conversador y orador que es don Fernando Chueca, como en su más reposada faceta de escritor. Todos admiraremos siempre su excepcional capacidad de comunicación a través de una expresión clara, con un serio dominio del castellano, que como poderoso instrumento de un personal compromiso con el mundo de la cultura, da medida de la formación humanista de este arquitecto singular.

El autor se presenta a sí mismo como un viejo, de creciente mal humor, que rechaza en parte una sociedad a la que no se siente vinculado. Sin duda se trata de un recurso dramático para dar mayor verismo a los diálogos, pues todos cuantos conocen o han tratado al profesor Chueca saben de su largueza y cortés amabilidad jamás rota. Creo, sin embargo, que este injusto autorretrato sale al paso de tal señalamiento por parte de aquellos que puedan no comulgar con las censuras que en los diálogos aparecen hacia algunas de las facetas más banales de la arquitectura contemporánea. Hay aquí un rasgo de sinceridad que hemos de agradecer; pues mientras se halla muy extendida una crítica "sotto voce" hacia la arquitectura postmoderna, hacia las obras últimas de Philip Johnson y James Stirling, por ejemplo, o a la llamada High Tech (arquitectura de alta tecnología), pocos son los que se deciden a registrarla públicamente por temor al que dirán, muy especialmente si se es arquitecto en ejercicio profesional o docente.

Lo dicho aquí por el viejo maestro, "típico cascarrabias" (sic), ayuda cuando menos a pensar en lo saludable que resulta acercarse a escritos de sólida pluma que opinan en contrario de aquellos que se presentan como

exégetas exclusivos de la arquitectura contemporánea, desmitificando al tiempo actitudes y posturas de ciertos endiosados arquitectos, tantas veces flor de un día, que confunden el éxito social con la buena arquitectura. Si del ambiente internacional pasamos al marco español aún será mayor el secretismo de la crítica, donde todos se miran y ninguno habla: " No se atreven sostener que Foster (Norman Foster), a fuerza de sutilezas de hierro y cristal ha disuelto la arquitectura como los viejos azucarillos se disolvían en el agua..." Por ello es reconfortante leer estas páginas francas dedicadas a las "enfermedades" de la arquitectura actual, tales como la extravagancia y el bilingüismo, o bien aquellas que hablan de los "enemigos de la arquitectura, de su salud y de su belleza", pensadas muy especialmente para los estudiantes de arquitectura, tantas veces formados en el mas tiránico de los academicismos, dictados por las revistas de moda o por la moda de las revistas, sin pararse a pensar sobre la oportunidad, el buen sentido o la belleza del proyecto en si.

Llegados a este punto no se piense, sin embargo, que estos coloquios representan una negación de la arquitectura contemporánea desde la historia, pues sería anómalo de todo punto en quien ha defendido la vanguardia artística cuando ésta representaba un compromiso mas que estético, en quien ha sido durante muchos años Director del Museo de Arte Contemporáneo, en quien ha escrito tantos artículos, libros y ensayos sobre la arquitectura de los años 50 y 70 de nuestro siglo, en un momento de difícil definición, hoy bien estructurada como un capítulo mas de la historia de la arquitectura, pero que en su momento había que valorar en una compleja y matizada circunstancia histórico-cultural. A este respecto el profesor Chueca escribía con enorme intuición en sus *Ensayos críticos sobre arquitectura*, aparecidos en 1967 en Barcelona y Buenos Aires, el propósito de explorar "la arquitectura de nuestros días en el marco de la cultura y de las preocupaciones que nos ha tocado vivir. Años para nosotros azarosos que, posiblemente, contemplarán las generaciones venideras como remansos de paz y equilibrio. No es lo mismo vivir realmente los acontecimientos que vivirlos históricamente... Tratamos de buscar en estos ensayos, cuál haya sido el precipitado más valioso de un acelerado proceso de creación que transita desde Gaudí hasta Tapies y que todavía queda abierto en términos muy imprevisibles".

A mi juicio es aquel precipitado, aquel poso que actúa como levadura en el proceso creador, lo que le preocupa al maestro en determinadas situaciones de la arquitectura contemporánea. Su antigua teoría del papel

ejercido por la memoria y la geometría en la arquitectura³, reverdece de nuevo en estas páginas como posible auxilio lingüístico e intemporal, en un momento de difícil orientación y crisis cultural al finalizar el siglo XX, cuestión ésta última a la que dedica parte de la Jornada séptima. Por estas y otras razones el libro está enterañado con trabajos anteriores cuyo conocimiento ayuda a ahondar en lo que aquí se dice de un modo distendido e informal.

En fin, el índice del libro anticipa las principales cuestiones tratadas, advirtiendo, sin embargo, que el contenido de las jornadas es mas jugoso de lo que aparenta, donde tanto el *intermezzo toledano*, como el paréntesis dedicado a la pintura moderna o el encendido y justificado elogio del Eclecticismo, añaden variedad y descanso a este desenfadado discurso que para algunos será motivo de escándalo y para los más, entre los que nos encontramos muchos de nosotros, ameno paseo por la historia de la arquitectura, escuchando con deleite a la mas sagaz⁴ de sus actuales voces.

Pedro Navascués Palacio
Ávila, 2 de septiembre de 1993.

(3) Chueca, F.: "Geometría, memoria y estilo en la arquitectura", *Revista de Ideas Estéticas*, 1943, núm. 4, págs. 73-93.

(4) Sagaz (adj.). Se aplica al que percibe la verdadera naturaleza de las cosas y lo que hay oculto en ellas. (María Moliner, *Diccionario del uso del español*, T.II, Madrid, 1986, pág. 1084).